



Para superar el pragmatismo político-social

Reflexiones respecto a nuestro proceso de regionalización (*)



Habiendo ya logrado el estatus de gobierno regional en lo político-administrativo, uno de los propósitos sociales que con mayor urgencia debemos plantearnos es el construirnos mentalmente como una región. Es decir, formar una imagen socialmente compartida que sea el correlato coherente con nuestras características regionales; una imagen organizativa, orientadora e impulsora de nuestra actuación social, pues no basta que en los hechos utilicemos la palabra región o sus derivados.

En realidad, tener un gobierno regional no garantiza que “ya somos una región” si es que en el fuero íntimo de cada uno de nosotros que vivimos en la región geográfica, no está bien definida esa imagen. La entidad “región”, desde el punto de vista político, se constituye fundamentalmente por el reconocimiento genérico de que tenemos características diferenciales que ameritan compartir una dinámica administrativa conducida por un gobierno reconocido jurídicamente como regional. Pero, eso es lo formal, pues el fondo esencial y sustento trascendente de nuestra región debe ser la praxis social que desarrollemos, individual y colectivamente, teniéndola como referente cognoscitivo, axiológico-actitudinal y espiritual.



Debemos tener muy en cuenta que este estatus jurídico de región, hoy logrado, se concreta luego de una larguísima experiencia nacional de sojuzgamiento por las

fuerzas de un centralismo que conformó en cada uno de nosotros una estructura psicológica propia de una situación de dominación y exclusión total respecto a un centro de poder subyugante, deslumbrante, omnipresente e impositivo, que actuó algunas veces burdamente y otras sutilmente. Es decir, que hemos sido condicionados psicológicamente para obedecer, para acatar decisiones tomadas por quienes han venido usufructuando del poder en las sucesivas épocas de nuestra historia regional. Tenemos hoy un substrato psicológico que nos impide actuar como colectivo regional, que propicia la espera de las soluciones, no para crearlas, en este marco psicológico de dependencia neocolonial; de aquí que nos resulte más cómodo esperar que nos digan qué hacer, qué buscar, con esfuerzo creativo, las soluciones a nuestros problemas, lo cual podría ser una tentación facilista para quienes, teniendo el poder político, lo quieran ejercer inescrupulosamente y opten por continuar consolidando dicha situación de dependencia interna. Situación que no nos ha permitido tomar decisiones a partir de nuestras características y para solucionar nuestros problemas, sino para cumplir mandatos exógenos y aceptar falsas características de nuestra región, inducidas por múltiples mecanismos y vías.

Esto es hoy uno de los mayores obstáculos para construir un gobierno regional cualitativamente diferente al gobierno nacional, que se nutrió (y sigue nutriéndose) de nuestra marginación, de nuestra obediencia impuesta, de nuestra lejanía, valiéndose tanto de sutiles como de burdos mecanismos de centralización política, ideológica, social y cultural. Esta atmósfera psicológica fácilmente nos podría llevar a construir un gobierno regional reproductor de las características negativas del gobierno nacional; como que lo estamos haciendo; es decir, centralista, marginante, etnocéntrico, homogeneizante, etc.



Hacer un gobierno regional cualitativamente diferente es hacer un gobierno participativo, creativo, construido desde nuestra realidad, dinamizado desde nuestras potencialidades materiales y socioculturales, creador de condiciones para revalorar nuestras conquistas culturales, promotor de las relaciones interculturales entre todos los pueblos mestizos e indígenas, conductor estimulante de una relación

armónica entre los pueblos y la naturaleza, creador de mecanismos para fortalecer nuestras identidades culturales, propiciador de la incorporación coherente de nuevos valores al universo axiológico ancestral para enriquecer nuestra actuación colectiva, etc.

Pero, para ello, requerimos una comunidad con un referente nítido en su mente, que le permita identificarse con la historia común, con la realidad actual que nos desafía por igual en el deber moral de modificarla respetuosamente, sin violentarla, para bien de todos, y con un futuro compartido en cuya construcción tenemos todos iguales responsabilidades, logro que solo podremos materializar a partir de una educación que tenga estos explícitos propósitos constructivos.

Construirnos como región implica asumir colectivamente nuestra diversidad cultural, nuestra esencial forestalidad, nuestro pasado común, nuestro compromiso de compartir armónicamente el poder entre todos los pueblos que habitamos esta región; es aceptarnos como el espacio de grandiosas potencialidades, que aún no conocemos a plenitud, pero que debemos dinamizar; percibirnos como la región privilegiada por la



presencia prodigiosa de infinidad de ríos, condición que aún no aceptamos ni aprovechamos adecuadamente para nuestro desarrollo; es reconocer en cada comunidad la existencia de sólidas fuerzas psicosociales capaces de ser dinamizadas para generar su propio desarrollo; es aprender a valorar y utilizar nuestro potencial hídrico; es aprender a mirar al mundo desde nuestro bosque portentoso. Es, en fin, construirnos una identidad multicultural que debe concretarse diferencialmente en cada uno de los pueblos que hoy conformamos esta grandiosa región, cuya vocación es la de seguir creando diversidad biológica y cultural, a menos que nosotros interfiramos tales designios, lo cual sería una tremenda y desastrosa irresponsabilidad social.

Asumir la regionalidad loreтана es aceptar que debemos construir nuestro futuro enraizado en nuestra gesta creativa milenaria, que tenemos que aprender a valorar. Es reconocer y asignarnos a cada uno de nosotros, como personas y como pueblos, el rol protagónico en la creación de condiciones cada vez mejores para hacer de nuestras vidas, individuales y sociales, un emporio de riquezas espirituales con aportes culturales diversos.

Construirnos como región es, pues, el reto fundamental que debe afrontar el Gobierno Regional de Loreto, en actual funcionamiento, como la consecuencia más trascendente de su actuar político-administrativo a largo plazo, que le permita desbordar el inmediateísmo castrador de nuestro futuro.

(*) Art. extraído del libro: “Reflexiones en el canto de la cocha”, próximo a ser publicado.